
CAPITULO XX

¿CÓMO SURGIÓ EL REYISMO, Y CUÁNDO?—LA CAÍDA DEL GENERAL REYES DEL GABINETE.—CON LAS NUEVAS INTRIGAS, LOS CIENTÍFICOS COMPLETAN SU OBRA SUICIDA.

I

CEN su obra destructora, no han descansado los científicos; en su plan de combatir á todo aquel que no comulga con sus ideas, no desmayan: derrochan lujo en sus intrigas. Esta conducta, que á ellos les parece miel sobre ojuelas, ha tenido que producir el contraste más antitético que se concibe. Ellos y los suyos pregonarán triunfos y victorias no alcanzados; ostentarán una pericia en las maquinaciones palaciegas, apenas propia de sus autores y digna de quienes no pueden ascender con sólo el mérito; se enorgullecerán ante la opinión de los frutos obtenidos en los campos de la política callejera; pero el Partido Científico no podrá nunca erguir la frente y ver cara á cara á sus adversarios, con una conciencia que no acusa y un corazón que expresa lo que siente. Alimentados con los impulsos de la abe-

rración y la falsía, los científicos jamás podrán ser sinceros en cuestiones políticas, porque la sinceridad produciría su total ruina y los pondría á las puertas del sepulcro. ¿Qué digo? Me he equivocado: no los pondría en los lindes de la muerte, que la muerte está entre ellos ya.

A ellos les parece que la consumación de su plan en contra de don Joaquín Baranda les dió un lauro de victoria; pues minar los cimientos de un edificio sólido y viejo, hasta echarlo abajo, no deja de ser aparatoso para el amor propio y el orgullo de esos Atilas mexicanos. Por lo mismo, todavía ostentando las palmas de los vencedores, se presenta otro personaje en la escena política. El nuevo luchador, leal, sincero, franco y valiente, se apresta sin intenciones de guerra; se lanza al campo con su poderoso contingente para el buen gobierno del general Díaz. Pero ellos ven en él á un formidable enemigo, porque su venida á la capital trajo aparejadas las grandes prendas del hombre que vale, del militar prestigiado á fuerza de épicas proezas, y del gobernante de conciencia. Esto, en vez de impulsarlos á la admiración y al aprecio, como corresponde á los pechos nobles, los llena de indignación y envidia.

Paréceme que se habrá adivinado la alusión que hago respecto de la nueva víctima de los científicos; me refiero al señor general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León.

Examinemos los hechos.

II

Con la muerte del señor general don Felipe Berriozábal, la Cartera de Guerra quedó acéfala. Los candidatos que tenían que llenar el vacío que dejaba el Secretario de la Marina, andaban de boca en boca, y creo que hubo entonces muchos generales aspirantes á tan honroso empleo; pues ocupar el puesto de ministro, ser el primer jefe de la fuerza viva del país, no es cosa poco halagadora. Para muchos militares viejos en el servicio, después de largos años de fatiga y de anhelos inauditos por el ascenso, la ganga era muy de aceptarse. La colocación elevada que da el puesto en el gabinete, al lado del Alto Consejo, es un platillo apetitoso y merece los honores de la ambición.

En un país, como el nuestro, de gobierno militar, significa muchísimo el papel que desempeña el Secretario de la Guerra; porque serlo, es tanto como tener el mando absoluto de todo el ejército. Que si es cierto que el Presidente representa el signo del dominio supremo sobre las fuerzas militares de la república, no hay que desconocer el papel activo que le corresponde al Secretario del ramo, á cuyas inmediatas órdenes milita toda la tropa subordinada á jefes y oficiales. Por lo mismo de la gran importancia, el primer sostén de los gobiernos constituidos es el ejército. Esta circunstancia le da la supremacía en el gabinete al Secretario de la Guerra, quien, en unión del Presidente, sirve de apoyo á las fuerzas

vivas de la nación. En orden de categorías, está primero, en un país militar, el ejército; por consiguiente, el jefe que manda y dispone sobre la disciplina, movilización de éste, ocupa distinguidísimo lugar en la administración política.

En México, las fuerzas militares han sido las más duraderas y poderosas. A esto se agrega un gobierno en manos del militarismo, y tendrás la alta significación del ejército y de los grandes honores que rodean al Secretario de la Guerra; máxime cuando el militarismo ha hecho la resurrección de la república: derrotados los enemigos del progreso y de la paz, el ejército aun ostenta las palmas del triunfo.

Todo lo cual hizo que, á la muerte del general Berriozábal, la opinión pública quedara suspensa, haciéndose los más variados y múltiples comentarios sobre el sucesor. Versiones de más ó menos visos de verdad, circulaban en todas partes, haciendo cuestión palpitante y del día el ascenso de alguno de los militares divisionarios fronterizos; quién señalaba á éste, quién al otro, y no pocos al de más allá.

En las naciones latinas, somos muy dados á emitir opiniones, y este espíritu tiene muchos partidarios en México. Cuando cae algún personaje de la administración, se multiplican los comentarios sobre las causas de la caída, y los candidatos para la sucesión surgen hasta de los lugares más pequeños. Por algunos días tienen pávulo las ideas, y son manifestadas en paseos, teatros, calles públicas, clubs y academias. Entonces, ni los artesanos quieren ser extraños al movimiento político, y señalan su candidatura hasta los carpinteros y albañiles. Allí es cuan-

do, efectivamente, manifestamos nuestro delirio en achaques políticos y enseñamos luego la marca de procedencia.

No era, pues, de extrañarse que, faltando el jefe del ejército, los afectos al ejercicio oficioso en política, propusieran á los militares de su devoción para la Cartera de Guerra; y yo creo que muchos generales creyeron llegada la hora de hacer valer sus méritos y servicios, procurándose influencias cerca del Primer Magistrado. Puedo asegurar también que los científicos llegaron á intentar la colocación en el puesto á alguno de su devoción, para tener á sus órdenes, en un momento dado, al único elemento que podría darles el triunfo más completo.

Pero, si todas las Secretarías de Estado tienen que ser desempeñadas por personas de las confianzas del Presidente, la de Guerra más que ninguna otra; pues colocar en ella á jefes disidentes, enemigos de la administración, sería tanto como poner las fuerzas poderosas en manos del adversario y estar preparado al golpe de Estado y rodar del poder inmediatamente. Esto no sería ni posible ni de simple sujeción. Para sostenerse el gobierno, se necesita el ejército; por consiguiente, la persona que lo mande deberá estar á su entera disposición y acatar sin disputas ni desvíos las órdenes del Presidente. Sin esta prerrogativa, cualquier ambicioso levantaría una revolución y aspiraría á derrocar las autoridades legítimamente constituídas, por quítame ahí esas pajas. Entonces sí que todo hijo de vecino, con el solo hecho de ser un audaz, se consideraría con sobrados derechos para emplear la discordia como medio y

dominar las posesiones del gobierno. Y esto no sería difícil, si dispone de los elementos militares de combate; teniendo á su alcance los poderosos medios que suministra el ejército, el triunfo fuera seguro.

Así subirían á la Presidencia muchos, llevando como precedente haber sorprendido las confianzas de quien los asciende. Y para evitar esas anomalías, cortar ambiciones y derribar las envidias, el Secretario de Guerra y Marina ha sido de la plena confianza del señor Presidente de la república. Por lo mismo, era difícil que la vacante la cubriese entonces un militar cualquiera, no importando los servicios prestados en el campo de lucha. Había que fijarse en alguno que mereciese la elevación al puesto, por su fidelidad, su inteligencia, virtudes cívicas y prendas militares.

Mientras el general Díaz recorría en su mente la lista de los generales ameritados y amigos leales, el público y la prensa (sobre todo esta última, que nunca acierta) se perdían haciendo comentarios y señalando personajes de más ó menos cualidades apropiadas para el caso. Después de algunas cavilaciones en el seno de los clubs políticos, se vino á dar el golpe de una elección merecida, aunque por nadie esperada. Esto tampoco es de extrañarse, porque á nuestro Presidente le gustan las sorpresas de este género, para desechar influencias y despistar á todos.

El general Díaz, conocedor perfecto de su pueblo y de los hombres que lo rodean, le gustan los grandes golpes; lo recrean y lo solazan; porque jamás ha querido que alguien intervenga en las cosas de

gobierno de las que á él sólo corresponde rendir cuentas á la nación. Podrá, á veces, consentir en que se le desarrollen ideas, se le presenten planes, y hasta parece dar á entender que acepta las indicaciones hechas: pero los políticos y supuestos consejeros se van de espaldas, cuando, al día siguiente, observan disposiciones precisamente contrarias á las que esperaban.

¿Es que el general Díaz no cumple con lo ofrecido? ¿Engaña á sus amigos? De ningún modo. El Presidente es uno de los mejores amigos y el más leal y sincero; sólo que en esa táctica reside su grandeza y el timbre glorioso que lo presenta como el más conspicuo gobernante de la América. Su procedimiento obedece á fines muy altos y nobles: matar de un solo golpe las intrigas. El los deja hablar, los oye; y, como los eminentes políticos, no resuelve ni en pro ni en contra inmediatamente: en sus frases cortas y sentenciosas, ni da esperanzas ni las mata.

Medida es ésta que le ha hecho ir siempre á flote, sin verse sumergido en medio de la tempestad agitada por tantos odios encerrados, tantas traiciones ocultas y tantas ambiciones dormidas.

He ahí la razón de su gozo cuando nombra á algún personaje de alta categoría. Deja primero que circulen los rumores y se hagan comentarios. Una vez que la opinión pública señala á su devoto, él propone y presenta otro distinto: al que le merece confianza. Y al aparecer el nombramiento en manos del agraciado, todos quedan estupefactos.

Y lo más notable es que las elecciones del señor

Presidente siempre son acertadas: recaen en quien menos se esperaba, pero en personas idóneas y seguras.

III

En lo más acalorado de las disputas públicas sobre el sucesor del general Berriozábal, se presentó en la capital don Bernardo Reyes. ¿Por qué se fijó el general Díaz en él? ¿Qué títulos lo hacían acreedor á tan honroso ascenso? ¿Cuáles eran los méritos del nuevo Secretario de la Guerra?

Efectivamente, para aquellos que no están al tanto de nuestro progreso, el general don Bernardo Reyes era un desconocido, incapaz de desempeñar con acierto el alto puesto. Hacía muchos años que estaba retirado de la capital, gobernando á un Estado fronterizo. Pero para los hombres que están cerca de la cosa pública, el general Reyes no era un militar cualquiera, sin prestigio, fama ni precedentes. Y de la opinión de estos últimos fué el señor Presidente, desde el momento que se fijó en él para que ocupara la Cartera de Guerra.

Si hay militares de prestigio, es inconcuso que don Bernardo Reyes ocupa primer lugar entre ellos. Hijo de otro militar de nota, oriundo de un suelo ardiente y guerrero, el general Reyes se consagró al servicio de la patria desde sus primeros años. Si se hizo soldado por afecto, peleó contra el enemigo por patriotismo, y figuró entre aquellos audaces atletas que derrocaron el Segundo Imperio. Las tropas de

Napoleón III, confundidas y derrotadas, supieron perfectamente quién era Reyes.

Debido á su arrojo y á su tenacidad, llamó profundamente la atención de sus jefes, y fueron conociendo el verdadero mérito de aquel soldado adolescente, que apenas podía con el fusil. Tal vez pocos pudieron prever el prominente talento militar que el joven jalisciense tenía que exhibir después.

Desde soldado raso, ha ido ascendiendo, por riguroso escalafón, hasta llegar al más alto grado que otorga la Ordenanza del ejército. Pero el ascenso no ha sido arbitrario, porque el ascendido mostró aptitudes grandes de milicia; tenía todo lo que requiere un soldado: resolución, bravura, valentía y mucho decoro personal. Pocos, como el general Reyes, pueden exhibir una hoja de servicios llena de heroísmo y rasgos de bizarría, que muchas veces llegó á dejar estupefactos á sus compañeros de armas. Su valor casi era temeridad, porque el hijo de Guadalajara jamás supo darle más estimación á la vida que á la patria. Guardaba bien en la memoria los nobles ejemplos del padre: los hombres son las ofrendas de la patria, y ninguno puede escatimar el sacrificio de la vida por la integridad y la independencia de la república.

El general Reyes cumplió con su cometido como un espartano. De reñidas batallas y serios combates pudo salir ileso; porque, á más del valor, tenía la fuerza intelectual. Es evidente que don Bernardo Reyes no es el militar recluta y rutinario; es el científico, el que estudia los progresos que ha podido hacer la milicia moderna. Ni tampoco hay que consi-

derarlo como tantos soldados que se afilian en el ejército, ó los obligan al servicio de las armas; el general Reyes procede de un tronco militar, es hijo de un padre distinguido y de claros timbres en la estirpe tapatía. El se adhiere á las filas por amor al país y por convicciones de credo político; enemigo de la opresión ejercida por los amantes al mando extranjero, se declara en contra de ellos, y toma las armas para predicar con los hechos sus ideas liberales.

No nace, pues, el general Reyes del pelotón de las masas: surge del seno de una familia de preclaros antecedentes. Lleva, por lo mismo, al ejercicio de las armas, dotes de cultura intelectual. De ahí sus méritos elevados, adquiridos á fuerza de proezas dignas de ser cantadas por Homero y Virgilio.

Estas afirmaciones están en la conciencia de todos los que conocen la historia contemporánea de la república y saben apreciar las virtudes heroicas de los grandes hombres. Estudiados los hechos, se verá que el general Reyes era acreedor al nombramiento del primer puesto militar para el que se le designaba.

Además, otras razones de administración hicieron al general Díaz fijarse en él.

Nadie ignora que don Bernardo Reyes, de un Estado mísero y pobre, ha podido hacer un Estado próspero y rico. Antes que él llegase á Nuevo León, aquella apartada Entidad federativa no tenía significación ninguna, y era el punto de las ambiciones de nuestros vecinos del Norte. Para impedir esto último y poner en orden á muchos sediciosos que diezmaban á todas aquellas regiones, nadie más á pro-

pósito que el general Reyes. Presentes sus prendas militares y su espíritu de inventiva, después de haber limpiado, como jefe de la zona militar, el territorio de muchos bandidos, se le confirió el puesto de gobernador.

Durante los cuatro primeros años, se vió que no sólo era militar el general Reyes, sino gran gobernante. De la capital del Estado, reducida, miserable y antigua, hizo una hermosa ciudad moderna, dotándola de palacios, parques, jardines y edificios públicos. El número de habitantes, que no pasaba de 25,000 á 30,000, llegó, á vuelta del primer período de gobierno, á la cifra de algo más de 50,000. Hoy día pasa de los 75,000.

En el Estado, la agricultura, debido á la escasez de lluvias, no es para hacer rico á un pueblo, por la misma aridez del suelo; y, careciendo Nuevo León de otros elementos de vida, su situación, por razón lógica, no podía ser buena. Pero el general Reyes, para impulsar allí el desarrollo y atraerse capitales y gente, concedió franquicias y exención absoluta de derechos á las industrias é instituciones bancarias. En este punto, el gobierno ha seguido una táctica tal, que en pocos años se transformó la capital del Estado en la población más industrial y comercial del país. Las fábricas de hilados y tejidos, corcho, vidrio, cerveza, curtiduría de pieles, calzado, le han dado á Monterrey el primer puesto en la república. Dispone de cinco grandes fundiciones de metales preciosos, hierro y bronce. Una sola de estas fundiciones tiene invertidos cuatro millones de pesos de capital.